

«Algunos recursos e ideas que se des- prenden de una lectura crítica de «Su único hijo» de *Clarín*»

Es *Clarín* un autor tan sumamente preocupado por la estética que ha merecido no pocos estudios dedicados exclusivamente a este aspecto suyo, tanto en lo que se refiere a su modo de hacer crítica literaria como el código crítico que él plasma en sus novelas y cuentos¹.

Sin embargo en lo que a la novela «Su único hijo» se refiere los críticos coinciden en atribuirle cualidades muy inferiores en comparación con «La Regenta», aunque entre sus contemporáneos, Azorín, por ejemplo se enciende en elogios.

Clocchiatti la tilda de «esta curiosa y malograda novela» y señala una precipitación en el componer², lo que no obsta para que diga que [*Clarín*] «se encariña y apasiona con sus

(1) E. CLOCCHIATTI. «*Clarín* y sus ideas sobre la novela», V, las novelas de *Clarín*, «Revista de la Universidad de Oviedo», Facultad de Filosofía y Letras. N.º LIII-LIV; LVII-LVIII; LIX-LX.

K. REISS, «Valoración artística de las narraciones breves de L. Alas, *Clarín*, desde los puntos de vista estético, técnico, temático». Archivum, Oviedo, T. 5, 1955, p. 243.

— L. DE LOS RÍOS, «Los cuentos de *Clarín*, proyección de una vida», Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1965.

Etc.

(2) E. CLOCCHIATTI, op. cit. N.º LVII-LVIII, pp. 54, 58.

propias criaturas artísticas; es un verdadero padre de sus personajes»³.

Un estudio estético y de valores categoriales completo ha quedado hecho por M. Baquero Goyanes⁴ por lo que no son estudios exhaustivos lo que faltan, sino aportaciones (quizá redundantes) que restituyan a esta obra el mérito y los lectores de gran público de lo que hasta el momento presente nunca gozó, de manera, a mi modo de ver, injustificada.

Técnicamente *Clarín* está constantemente distinguiendo entre su punto de vista como narrador que ve las cosas desde fuera; entre el punto de vista del personaje que se autoanaliza o analiza situaciones; el de la visión externa de la sociedad, etc., hasta formar un mosaico en que un único hecho es reflejado por varios espejos, sin que ninguno repita exactamente la misma imagen, imágenes todas ellas necesarias para que el lector saque su propia idea⁵. Esta técnica se parece ya bastante a la que aparecerá en época solo recientemente anterior a nuestros días y que es tomada de la técnica cinematográfica. Consiste en que la cámara cambia constantemente de enfoque y de plano, proporcionando así una *visión en movimiento*, nunca estática. *Clarín* da la realidad interpretada, pero con elementos suficientes y variados, acumulando tal cantidad de connotaciones que el lector-espectador-interlocutor puede hacerse una idea detallada, nunca uniforme, tanto del hecho psicológico, como del social, los cuales se interrelacionan en un *todo dialéctico*. No es, pues, *Clarín* un autor *acabado*, no capta las situaciones definitivamente, *de una vez por todas*, sino que la evolución de personajes y situaciones queda siempre en suspenso como, en efecto, la vida misma, se presenta cotidianamente al hombre.

(3) E. CLOCCHIATTI, op. cit., p. 58.

(4) M. BAQUERO GOYANES, «Una novela de *Clarín*, «Su único hijo», en *Anales de la Universidad de Murcia*, 1951-52 (2.º semestre).

(5) ¿Cómo definía *Clarín* la novela? Así, por ejemplo: «deben ser (las novelas) copia de la vida real, pero no fragmentaria, sino de lo orgánico que hay en ella». Nota 114, Solos, p. 181.

Tomado de E. CLOCCHIATTI, op. cit., Cap. III, LVII-LVIII, en *Rev. de la Univ. de Oviedo*, p. 52: p. 56: «Sabemos que Alas fue un ardiente partidario del impresionismo artístico en la resolución novelesca...».

He aquí un pasaje en el que se dan bastante condensados al menos tres puntos de vista sobre la repercusión de un hecho:

(p. 233)⁶ empieza el cap. 15 diciendo: «Emma defendió su esperanza de que el médico se equivocara...» líneas más abajo dice: «su gran argumento consistía en...». Lo que nos presenta a una Emma en polémica viva con sujetos, implícitos o no: el médico, las amigas, quizá Bonis, Minghetti, que vuelven a aparecer luego aiudidos: «Despreciando consejos de la prudencia y de la higiene». Y «la murmuración de sus amigas se equicovaba al ver un fingimiento...».

Esta *relativización* de puntos de vista tiene como base cambios reales que se habían introducido en la sociedad que ahora es *burguesa*, en el sentido que Goldmann da al término, y a la cual tampoco son ajenas las ideas de la Ilustración⁷.

Las ideas de la Ilustración habían llegado tardíamente a nuestra nación por razones históricas. Sólo ahora (segunda mitad del S. XIX) desaparecida la tiranía monárquica con la caída de Isabel II, se hallan en plena efervescencia las pugnas sociales de los políticos bugueses que se repartían entre: conservadores más o menos acentuados, progresistas, republicanos, demócratas, etc., por un lado, y las luchas de la incipiente clase obrera que se organizaba y exigía reivindicaciones materialistas por otro.

En este panorama en el que las relaciones sociales han pasado a ser el centro de los problemas, es donde se inserta la obra de *Clarín*. En ella se presenta en situación conflictiva el desajuste entre, por un lado, los *intereses individuales* de cada personaje, cuyo sistema de valores (idealistas, románticos) pertenece al pasado, y, por otro, la realidad histórica (positivista, científicista) que les resulta incomprensible e inasimilable, en que las cosas «van por otro lado». El personaje, al no abordar la realidad con una visión y unos instrumentos

(6) Las citas de «Su único hijo» se hacen por la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1969.

(7) L. GOLDMANN, «La Ilustración y la Sociedad actual», ed. Monte Avila, Caracas, sin fecha, p. 17, 18, etc.

adecuados aparece como un anacronismo ridículo, al igual que le pasaba a Dn. Quijote en la sociedad renacentista, al abordarla con la visión desfasada y feudal del mundo caballeresco.

En la novela el conflicto se plantea siempre entre intereses *individuales materiales* por un lado, y otros más *generales* o trascendentes por otro.

Un buen ejemplo de esta estructura lo ofrece en «Su único hijo» el inminente parto de Emma.

Este hecho no produce en ella ningún tipo de sentimiento espiritual o superior, y sí, en cambio, un rechazo total debido al miedo a la muerte y al sufrimiento, o aún a algo más simple, el miedo a perder lozanía, a perder «carnes» en una palabra. De ahí que su interés egoísta trate de escamotear la realidad como sea: primero negando la evidencia de la gestación y luego saliendo de ese rechazo, pero no porque su estructura mental se haya modificado, sino por otro interés puramente egoísta: (p. 225) «La primera vanidad que tuvo no fue la de ser madre, sino la de su volumen. Ya que *era* que *fuera*⁸ dignamente... Además notaba que su rostro no empeoraba...».

Es decir, que una idea tan sagrada y poética para el «antiguo régimen» como la maternidad aparece aquí analizada únicamente en términos materialistas, de perjuicio/provecho (perder o ganar carnes y vitalidad).

Para tratar de apartar de sí el peligro no duda en emprender un viaje temerario con la esperanza del aborto que su mala conciencia consiente sin escrúpulos siendo éste, «casual». Su pavor, al saber las implicaciones del posible aborto, modifica nuevamente su actitud respecto al viaje de vuelta, pero siempre en función del mismo fin: el egoísmo de protegerse a sí misma.

Emma es representante extrema de un polo de máxima mezquindad en que la «degradación de la búsqueda de valores auténticos en un mundo degradado» (en cita de Lukàcs)

(8) La letra bastardilla es del propio *Clarín*.

alcanza el clímax; Bonis apuntaría al polo opuesto, y entre uno y otro se moverían los intereses del resto de los personajes. La mala conciencia de Emma queda patente en un párrafo elocuente y creo que inédito en la literatura anterior, y que conecta directamente con otra de las categorías que se imponía en la época: el psicoanálisis: se trata de la visión onírica de Emma que es casi una muestra de consulta de psiquiatra (p. 231): «Se quedó adormecida, y medio soñando, medio imaginando voluntariamente sentía que una criatura deforme, ridícula, un vegete arrugadillo, que parecía un niño Jesús, lleno de pellejos flojos...».

Es éste un modo de abordar el hecho psicológico inusitado anteriormente, incluso en anteriores capítulos de esta obra, *Clarín* no utiliza este tratamiento. A menudo aparecía Emma en ensoñaciones voluptuosas, y Bonis en ensoñaciones-meditaciones-elucubraciones más al estilo que Proust universalizará. Eran situaciones en que la conciencia (más o menos hipócrita) no se salía de la reflexión consciente.

En cuanto a Bonis, aún actuando también por intereses personales, es el que, en sus meditaciones, llega más al fondo de los problemas. El suyo no es tanto una falta de visión sobre las «salidas» como la carencia de *energía* y de medios adecuados para pasar a la acción. Por el cap. XV Bonis como personaje en evolución ya ha visto claramente en qué reside el «quid» de su marginación social, pero le falta pasar a la *praxis* (p. 227): «Bonis estuvo tentado a oponerse, a inaugurar aquella energía que estaba decidido a poner en práctica en adelante...». Otra cosa distinta es que no sea capaz de superar sus propias contradicciones.

(227) «...continuó aplazando su resolución de *tomar el mando de la casa y ser el marido de su mujer*⁹ para después del parto». Para Bonis el anuncio del hijo tiene efectos opuestos que para Emma: a él le trae la esperanza de la superación de sí mismo y de sus miserias terrenas, al menos mentalmente,

(9) El hecho de que el hijo sea ilegítimo puede ser interpretado como burla, pero también tenemos a un Bonis «*dignificado por la paternidad*» (p. 168, 169, M. BAQUERO GOYANES, «Una novela de *Clarín*, su único hijo», *Anales de la Univ. de Murcia*, 1951-52 (2.º sem)).

puesto que la contradicción entre la decisión y la práctica subsiste. Y en este sentido, el hijo le aporta algo de positivo, quedando el hecho de que sea legítimo o no relegado a un plano marginal de lo puramente anecdótico¹⁰. A la luz de este presupuesto habrían de interpretarse las palabras finales de Bonis: (p. 276) «tengo fe en mi hijo» rechazando la «verdad objetiva» que le comunica Serafina, y no solamente en un afán de Bonis por seguir engañándose a sí mismo.

Es decir que *Clarín* estaría aquí sosteniendo una tesis extremadamente progresista y racional enunciada así: «El hijo» que trasciende al individuo concreto y pasa a convertirse en una metáfora por «creación humana de cualquier índole» (artística, cultural, técnica) no pertenece al que le dio vida material sino al que sabe extraer de ella sus valores y utilizarla como un alemento de nuevas creaciones.

En cuanto a la resolución de Bonis (p. 239) «Se acabaron las queridas...», los propósitos de su amante Serafina entran en conflicto con los suyos de trascender su egoísmo personal para el futuro bien de su hijo: (p. 239) «*el hambre nuevo*»¹¹; el «*sacerdocio*» (p. 240) frente al hombre viejo de las amantes y los egoísmos individualistas.

Lo paradójico está en que la determinación de prescindir de Serafina, determinación que no deja de ser sincera puesto que le cuesta vencerse (p. 240): Reyes estaba satisfecho de su entereza... aquella lucha en que esta vez iba venciendo a sí mismo le parecía una iniciación en la vida de virtud, de sacrificio a que se sentía llamado...) es adoptada por Bonis en un esfuerzo de ser consecuente consigo mismo, precisamente en el momento en que su amante llevada de un similar deseo de introducir el orden y la consecuencia en su vida, viene hacia él, es decir adopta la determinación contraria: (p. 238) «[Serafina]: Quiero ser *burguesa*. En tu casa, a tu lado, aprendí a serlo a mi manera... yo antes no pensaba así. Pero tú, tus manías de moral estrecha... se me ha metido en el alma...

(10) L. GOLDMANN, *La Ilustración y la sociedad actual*, Monte Avila, Colección Prisma, Caracas.

(11) L. GOLDMANN, *op. cit.*, p. 23.

Todo se pega. También a mí me habéis pegado vuestras preocupaciones y vuestro temor a la vida incierta, peregrina».

Estas situaciones conflictivas se dan porque no han sido superados los intereses y los valores individualistas. Con esto *Clarín* está criticando con mucha fineza, al estilo volteriano, el individualismo racionalista al modo concebido por la Ilustración.

Para los filósofos de la Ilustración la conciliación venía a realizarse del siguiente modo: cada persona obrando racionalmente por su lado, según su interés particular, no choca con los intereses de otros, y el interés general viene a ser la suma de todos los intereses particulares. En este ejemplo concreto esa «armonía» universal se demuestra falaz.

En cuanto al romanticismo decadente de que está teñida la obra, éste es sólo un contrapunto eficaz frente a las ideas racionales. En efecto, «Su único hijo» está planteada como comedia romántica, con visos de opereta italiana o novela folletinesca: (p. 241) «Ante esta misiva, los primeros impulsos de Bonis fueron dignos de un Bayardo y de un Creso en una pieza. Por un momento se olvidó de su *sacerdocio* y se vio en el *terreno* atravesando al huésped de la Oliva de una estocada, y arrojándole a los pies un bolsillo de mallá, como los que usaba Mochi en las óperas...».

Asimismo en la pág. 244 leemos «Marta creyó que en el papel de niña inocente que le había tocado en aquella comedia, había esta acotación: Vase». Al final del libro (p. 276) también, Bonis recibe «el golpe» que le asesta Serafina en la actitud tragi-cómica de un San Sebastián atravesado de flechas. La obra está planteada como obra romántica en la medida en que «El Quijote» está planteada como una novela de caballerías. El resultado es *la Antinovela* y el héroe (en «Su único hijo» más que Bonis, lo es cada personaje por turno) resulta ser el antihéroe.

Un punto importante es la consideración de Bonis como *ilustrado*, lo que sabemos no tanto directamente como por Emma o por otros: (p. 231) «ríete de cuentos; las leyes, las

leyes de la naturaleza, que a ti te parecen inalterables y muy divertidas, ésas, ésas son las que te van a dar un chasco...».

Las ideas de la ilustración esgrimían las leyes naturales, en contra del milagro, de lo que Bonis acababa de mostrarse convencido en el Cap. XIV: (p. 214): «No había milagros: en eso estaba. No estaría bien que los hubiera. El milagro y el verdadero Dios eran incompatibles. Pero... ¡había Providencia! un plan del mundo en armonía preestablecida (éi no usaba estas palabras; no pensaba esto con palabras) con las leyes naturales. «Ideas que vienen nada menos que de Leibniz y del empirismo inglés¹²».

También se pueden comparar los avatares de Bonis con los del Fausto de Goethe. En efecto; Goldmann ve esta obra como una crítica de las ideas del saber puro enciclopédico que no le bastan a Fausto para transformar la realidad, y sólo a través del pacto con los espíritus lo logra. Algo así le pasa a Bonis quien para lograr «el hijo» debe renunciar a la ciencia y pasar a la superstición: (p. 243). «Bonis, que siempre había defendido a los tocólogos de la ciudad y atacaba con dureza la fama milagrosa del gran comadrón; al ver entrar a éste se sintió contaminado de la fe general. Que perdonaran la ciencia y el señor Aguado...». Y anteriormente (p. 235) se decía: «se hizo supersticioso a su manera...».

Aspecto interesante de señalar es el poder que el medio ambiente ignorante, oscurantista, filisteo y provinciano ejerce sobre los que en otras condiciones podrían superarlo.

(p. 156) hablando de Körner se pone de relieve que toda cultura fuera del contexto que la genera y la hace posible, pierde su eficacia: los campesinos se impresionaron porque comía dos docenas de huevos, pero oían hablar de Goethe, Heine y Hegel «como el que oye llover».

(12) ENGELS, *Antidürring*, p. 325: «Cuando nace en los hombres la conciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón (y son palabras de Mefistófeles en Fausto), esto no es más que un indicio de que en los métodos de producción y formas de cambio, se han producido imperceptiblemente mutaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas anteriores».

Otro punto que se pone de relieve está en lo que se podría llamar «trastrueque de valores o mundo al revés» de lo que hay muy buenos ejemplos: (p. 225-226) el ridículo lo siente el amante (que en realidad es el padre) y no Bonis, el marido engañado. Situación insólita, por ejemplo, en un drama de honor clásico de Lope o Calderón. La situación es paralela a otra del cap. VIII (p. 97), en que Bonis se siente infiel a la amante al tener relaciones íntimas con su legítima esposa. Situaciones éstas, que tienen fácil explicación a través del materialismo dialéctico.

Otra sugerencia del texto es el valor del dinero y de las especulaciones comerciales patentes en la personificación de Dn. Nepo y Körner, con las fábricas vieja y nueva. Representan a la burguesía ascendente que se enriquece con los negocios, frente a Emma y Bonis que representan a la feliz holganza de los que ignoran la evolución de la sociedad en la que las rentas de las fincas ya no son el sistema (casi feudal) de ingresos «sin fondo» de tiempos anteriores.

Poniendo punto final a estas consideraciones sobre «Su único hijo», diré que *Clarín* ha dejado una obra, hoy tanto o más asimilable que «la Regenta», y a la que el lector medianamente intelectualizado puede llegar mejor por la gran carga de humor amable que encierra siempre el tira y afloja de la crítica entre el romanticismo y el cientificismo que contiene.

ROSARIO SUÁREZ PIÑERA